

cuidos consiguientes á los días de apuro, él procuraba que desapareciesen tales huellas; la cocina era para los vivos: ¡todo en su sitio! Había que alimentar bien á la *señorita* ó al *señorito* para que no sucumbiera al dolor. Y comenzaba á sonar la maquinaria de aquella fábrica de conserva humana; gruñía el vapor, saltaba la chispa, chisporroteaba la lumbre, chillaba el aceite, y era el conjunto animado de tal orquesta un *ergo vivamus*, que sustituía al *ergo bibamus*, que no sería allí oportuno, aunque viniese á decir lo mismo.

De la cocina don Angel pasaba al comedor; preparaba, ó retocaba al menos, la mesa, y hasta no tenía inconveniente en aclarar un vaso ó pasarle el rodillo á un plato; porque él quería el servicio como los caños del agua, como la plata; y si bien no tenía nada de particular que los criados, con la pena... de los amos, olvidasen el fregoteo, allí estaba él para suplir faltas. Y seguía su inspección por la casa adelante, vertiendo vida por todas partes, borrando vestigios del *otro*, del difunto, como desinfectando el aire con el ácido fénico de su espíritu incorruptible, al que no podía atacar la

acción corrosiva de la idea de la muerte.

Por fin, llegaba á la *jaula vacía*, á la alcaoba del *enemigo*, porque en adelante ya lo era el difunto. Comenzaba la guerra sorda, irreflexiva. ¡Abrir ventanas! Venga aire, fuera colchones; todo patas arriba; aquí no ha pasado nada. Como no hubiera orden expresa en contrario, y á veces aunque la hubiera, Cuervo transformaba el escenario de repente como el mejor tramoyista; y á los pocos momentos nadie reconocía la habitación en que había resonado un estertor horas antes.

No se podría decir si al que de allí había salido le estaban bautizando en la iglesia ó enterrando en el cementerio.—Pero faltaba lo principal, la escena, ó serie de escenas, á solas con el *que quedaba*, con la *viuda*, con el hijo...

X

La viuda joven y de buen ver era el *caso* que Cuervo prefería para ir presentando la guerra al muerto. Sin pesimismo de ningún género, sin filosofía misantrópica, don An-

gel veía en los ojos llenos de lágrimas una hipocresía inocente. Entraba desde luego en el terreno de las confidencias y daba por sabido que el dolor tiene sus límites, y que, no siendo hacedero moralmente acompañar al difunto, pues el suicidio está prohibido, no había más remedio que seguir viviendo; y ya de vivir ¡qué caramba! debía ser de la mejor manera posible. «Tome usted este espejo.» «Hay que arreglar ese peinado.» «¡Qué tristeza! ¡Quedar tan joven en el mundo sin compañero, que ayude á llevar la carga de la vida!» «Pero el tiempo es largo.» Y todo lo que hacía Cuervo era una especie de seducción que ayudaba, con rodeos y disimulos, eufemismos y elipsis, á seguir las tendencias del egoísmo que busca el placer, que huye del dolor por instinto, y que en la vecindad de la muerte siente con nueva fuerza, picante, irresistible, el ansia de querer vivir á toda costa y siempre. Vivir para gozar. Cuervo se daba arte para irritar en la viuda el sentido íntimo de la salud, del bienestar que busca expansión; las esperanzas lejanas que se ofrecían por diabólica influencia á la imaginación de la enlutada, Cuervo las adivinaba y las traía

á la actividad para darles fuerza plasmante, despojándolas de todo aspecto de remordimiento. No lograba tales resultados con discursos, con disertaciones, sino con frases hechas, tomadas de la que suele llamarse sabiduría popular; y sobre todo, con hechos, con asociaciones de imágenes y de citas que llevaban, como por una pendiente irremediable, al amor de la vida y al olvido de la muerte.

Su convicción instintiva, fuerte, aunque sin reflexionarlo, la iba comunicando Cuervo, sin darse cuenta de ello, á la mujer hermosa, robusta, que quedaba en el mundo sola y libre. En adelante, Cuervo, á pesar de su aspecto poco pulcro, casi fúnebre, representaba la vida, el placer futuro, la efectividad de la dicha saboreada poco á poco, con deleite. Se establecía un pacto tácito; don Angel venía á ser *la Celestina* de estas relaciones ilícitas entre la viuda y la infidelidad futura, el amor repuesto, la voluptuosidad aplazada.

Los hijos que heredaban algo eran otro caso que agradaba también á Cuervo. Pero aquí se luchaba menos; se iba con más franqueza á la seriedad del negocio, á la impor-

tancia de la vida llena de faenas, de actividad interesada; y sin escrúpulos y paráfrasis, se iba dejando en la sombra lo que estaba destinado al olvido. Para Cuervo, debía considerarse que el alma del difunto, por una rara manera de *avatar*, pasaba á la herencia; hablar del testamento, ¿no era hablar del muerto? El espíritu, al evaporarse, se incorporaba á los *bienes* de la sucesión, como su perfume. Pensaba Cuervo: si la ley se hubiera andado con sentimentalismos, no tendríamos una tan rica y variada legislación relativa á las sucesiones testadas y abintestato. El derecho, la justicia, se quedan con los vivos; para ellos hablan. La vida es todo, por eso se atiende á ella en los Códigos; la muerte no es nada, no es más que una aprensión de los vivos. Estar muerto no *es estar*, es *no estar*... vivo. Y esta filosofía espontánea llevaba á don Angel á los testamentos y á los codicilos como á un teatro. Legados, particiones, curatelas... mejoras, legítimas... todo esto era un emporio de vida, de animación, de interés, de pasiones, que brotaban, por enjambres, de la muerte.

No sólo de los humores del cuerpo que

brota la tierra brotaban flores y frutos; también había *frutos civiles*, que brotaban del simple *fallecimiento*... Primero el entierro, las pitanzas, los derechos de la parroquia, los funerales, la música...; después los derechos de la Hacienda por transmisión de dominio, la liquidación, las hijuelas, el notario, probablemente la curia, los peritos... ¡Todo un mundo bulicioso, interesado, ardiente en la lucha, surgiendo de aquel hecho puramente negativo: la muerte!

La muerte no era nada; pero la vida, al atribuirle una forma, la poetizaba, y esta poesía de la *estética de la muerte*, que él no llamaba así, por supuesto, era lo que mejor comprendía y sentía Cuervo, el cual, si al manejar con esmero los cuerpos moribundos, y al asistir á la visita de duelo y consolar á los *que quedaban*, trabajaba por los demás, y cumplía con las hipocresías sociales, lo que es, al seguir al *cadáver* al cementerio, al presenciar los funerales, vivía para sí, satisfacía, ya tranquila la conciencia, los propios apetitos, su pasión inconsciente del contraste de la muerte *ajena* y de la salud *propia*. En tales

deliquios tenía su confidente: *Antón el bobo*.

XI

Antón el bobo y Cuervo se habían conocido en un entierro, al borde de una sepultura. El duelo, aunque se despedía en el cementerio, según rezaban las esquelas, se había quedado atrás, muy atrás, por no atreverse con el lodo de la carretera; y como en Laguna no iban coches á los entierros, sólo los valientes, los verdaderos aficionados, habían osado llegar á la lejana necrópolis, como llamaba el *diputado eléctrico* al camposanto.

Los curas, que se despedían siempre del difunto en la *casilla del resguardo*, habían vuelto la espalda al que dejaban entregado á la Justicia ultratelúrica; y el carro fúnebre con la gente de servicio y un eriado del difunto habían emprendido cuesta arriba el fin de la jornada.

Antón el bobo se detuvo para doblar los pantalones, que no quería manchar de barro; y al levantar, sonriendo, la cabeza, vió

que un señor que parecía clérigo vestido de paisano, le imitaba y sonreía también.

Y los dos, sin hablarse todavía, con los pantalones remangados, siguieron al muerto. Poco después, cuando el capellán del cementerio rezaba las últimas oraciones al que había bajado al hoyo, atado con sogas de esparto, Cuervo y Antón volvieron á reunirse, sonriendo otra vez los dos al decir *Amen* á los latines del clérigo. Y al mismo tiempo, Cuervo y Antón se inclinaron hacia la tierra para coger terrones amarillentos y pegajosos, que besaron y solemnemente dejaron caer sobre la tapa del féretro.

—Retumba, ¿eh? dijo Antón el bobo, acercándose familiarmente á Cuervo, riéndose francamente y tocando en el hombro á nuestro protagonista.

—Sí, retumba, contestó Cuervo, que acogió con simpatía la familiaridad y la observación de aquel desconocido.

El bobo repitió la experiencia; arrojó otro pedazo de tierra húmeda y pegajosa sobre la caja, y volvió á decir:

—¡Retumba!

Salieron juntos del cementerio, y cuesta abajo, camino de Laguna, se hicieron amigos.

Les parecía imposible no haberse encontrado antes. Recordaban entierros famosos á que los dos habían asistido. Y nunca se habían visto. Tenían los mismos conocimientos en la sociedad de curas y sacristanes, enterradores y demás personal de la administración de la muerte.

El tonto *discurría* perfectamente en materia de servicios fúnebres. Cuervo apoyaba con sinceridad todas sus afirmaciones. «Sin duda hablaba de memoria; repetía lo que había oído.» Ello era que en la absoluta indiferencia con que Antón miraba el doloroso aparato de la muerte, y en el placer con que saboreaba los elementos pintorescos y dramáticos de los entierros, Cuervo veía un espejo de sus aficiones, ideas y sentimientos.

Era Antón un mozo de treinta años, pávido, afeitado, como Cuervo, de ojos apagados, y llevaba el hongo negro, flexible, metido hasta las orejas; sobre los hombros encorvados, había siempre colgada una esclavina azul, muy larga, con broches de metal blanco. Supo don Angel que su amigo vivía de sus rentas, que le administraba un tío curador, y que todo el tiempo hábil lo in-

vertía en contemplar ceremonias religiosas, prefiriendo siempre las de carácter fúnebre.

Desde aquel día casi todos se dieron cita para el *entierro de mañana*. Antón, más desocupado, era el que solía avisar dónde había difunto. La delicia de ambos era un buen funeral en la aldea.

—Don Angel, decía Antón, acercándose á su compañero con misterio; mañana uno de primera en Regatos: ¿voy á buscarle?

—Bien, ¿á qué hora?

—A las cinco; hay legua y media...

—Corriente; llevaré liga.

Y poco después del alba, al día siguiente, salían al campo, por trochas y senderos, pisando la hierba mojada, alegres como los pájaros que cantaban en los árboles, y como las flores que, al tropezar con ellas, sacudían las faldas de la levita de Cuervo y la eterna esclavina de Antón. Como tenían tiempo de sobra, no iban derechos á Regatos, sino dando los rodeos que determinaban los azares de la caza con liga, una de las aficiones secundarias de don Angel. Por hacer algo, iban preparando varas; las dejaban sobre los setos, entre las ramas de los árbo-

les, y se retiraban á esperar el resultado de sus asechanzas; si los pájaros tardaban en caer... mejor para ellos. Cuervo y Antón seguían adelante. Lo primero era lo primero. Los dos mostraban impaciencia, y abandonaban las varas á la suerte. El caso era llegar al entierro.

Siempre eran bien recibidos; casi siempre esperados.

Cuervo veía en la sencillez de las costumbres aldeanas una franqueza y sinceridad muy conformes con su manera de entender las cosas relativas á la muerte. Por de pronto, el aspecto de la *casa mortuoria* era muy semejante al que la misma podía ofrecer el día de fiesta de la parroquia, si el amo era factor, ó esperaba convidados de categoría.

En la cocina, en *quintana*, en el huerto, señales alegres del próximo festín; mucho hervor de pucheros, la gran olla en medio del hogar, como dirigiendo el concierto de bajos profundos de los respetables cacharros, cuyas tapas palpitaban á la lumbre; la cocinera de encargo, la especialista, *Pepa la tuerta*, del color de un tizón, arrogante, mal humorada, sin contestar á los

saludos, activa y enérgica, dirigiendo á los improvisados marmitones y á las maritornes de por vida; postrimeros ayes de algún volátil, víctima propiciatoria, que habría de estar guisado á la hora de la cena; espectáculo suculento, aunque trágico, de patos y gallinas sumidos en crueles calderos, asomando picos y patas, como en son de protesta, entre las llamas, ó bien dignos, solemnes, en su silencio de muerte, atravesados por instrumentos que recuerdan la tiranía romana y la Inquisición; supinos sobre aparatos de hierro que son símbolos del martirio, capones y perdices más tostados que otra cosa, que parecen testigos de una fe que los hombres somos incapaces de explicarnos: allá fuera restos de la res descuartizada; las pieles de los conejos, el testuz del carnero, las escamas de los pescados, las plumas de las aves, las conchas de los mariscos, los desperdicios de las legumbres: y por todas partes buen olor, un ruido de cucharas y vajilla que es una esperanza del estómago; cristal que se lava, plata que se friega, platos que se limpian... ¡y todo por el muerto! Por el muerto, en quien no piensa nadie sino como en una abstrac-

ción, como se piensa en el *santo* el día de la fiesta.

Verdad es que allá dentro lloran. Son las mujeres. ¡Ay mío *Pachu* del alma!... ¡Por qué me *dexaste*, *Pachín* del corazón!... «Bueno, bueno; no hay que hacer caso, piensa *Cuervo*. Así es la aldea; mucho estrépito. También gritan cuando están en la *Uosa* arrendando, y *corren el cabritu*, con una alegría que en el fondo no tienen. Esto es como el *ijujú* de las romerías; ni aquello es tanto placer como parece, ni estos lamentos, que atruenan el espacio, son tanto dolor como quieren indicar. Restos de costumbres paganas; ya no se usan las *plañideras*, y hacen sus veces las mujeres de la familia. No hay que hacer caso.

«¡A la sala, *Antón*, á la sala! Allí están los señores curas.»

¡Cómo respeta y admira *Antón* al clero parroquial! Casi tanto como á los señores del cabildo.

Cuervo es acogido por los párrocos y coadjutores, capellanes sueltos y sacristanes, como un compañero; *Antón* como un sainete muy oportuno.

Blancas sobrepellices, manzanas en las

mejillas, dentaduras formidables, risas homéricas, salud, espontaneidad, un hermoso egoísmo sin disfraz, comunicativo, simpático á los demás egoísmos.

—¡Vaya! ¡Vaya! El señor *Cuervo*. ¡Tome una copiquina! grita *Sebades* (cada cura se llama como su parroquia). Y allá va el *Jerez* al *gaznate*.

Se pregunta mucho por la salud de todos, y por la prosperidad y trances de la fortuna.

—No se siente junto á la puerta, que viene sudando.

—«¡Valiente pedantón y majadero y *framasón* sería, piensa *Cuervo*, el que censurase á estos benditos varones porque rien, y beben, y están contentos cuando van á cantarle el *gori gori* á un difunto! ¿Y qué? ¿Cuándo pueden ellos verse en otra?... La mayor parte del año viven aislados en su parroquia, sin ver una persona decente durante semanas, llenos de trabajos, asistiendo á los moribundos de noche, haya nieve, hielo, ladrones y fieras, ó no; á leguas y leguas de distancia... ¿Por qué no han de alegrarse, cómo no han de alegrarse cuando se muere un *Pachu* de éstos, que deja man-

dado un entierro de verdad, como una boda? Van á comer bien, como no suelen; van á tener conversación de amigos y compañeros, que casi siempre les falta; van á echar un tresillejo, que constituye sus delicias; van á cobrar una buena pitanza, que les viene de perlas: ¿y han de estar tristes? ¡Porque se ha muerto uno! ¿Pues no se han de morir todos? Usted, señor *framasón*, que censura, ¿no lee todos los días en los periódicos noticias de grandes desgracias, de horrendas catástrofes? ¿Y cómo se queda usted? ¡Tan fresco! Ayer, que el río Colorado, en China, se llevó de calle más de cien pueblos con millares de millares de chinitos. ¿Y qué? Usted, *framasón*, al teatro. Hoy estalló el gas de una mina y ahogó á quinientos trabajadores que dejan quinientos mil huérfanos: ¿y qué? Usted, á paseo. Y porque esos millones de muertos estén lejos, no se vean, ¿dejarán de ser prójimos?... ¿Sabe usted, señor ateo, por qué estos señores curas no sienten ya el olor á difunto? Porque su sagrado ministerio les obliga á vivir siempre pegados á la muerte; demasiado saben ellos que morir no es un arco de iglesia, y además no hay dolor que resista al uso, na

hay pena que no se desgaste, como se gasta el placer. ¡Hipócritas! ¡Fariseos! Nosotros, los que manoseamos la muerte, los que enterramos vuestros difuntos, hacemos algo útil, sin sentirlo; y vosotros, que sentís tanto, no hacéis nada de provecho. Los muertos quedarían insepultos, y habría pestes sin fin, y se acabaría el mundo si todos fuésemos sensitivas como vosotros. *Vade retro!* Venga otra copa, señor arcipreste.

Y al cementerio. Delante la cruz y los ciriales; detrás la caja, y luego, en dos filas, el coro de la muerte, el coro trágico, que calla á ratos, mientras habla el misterio de ultratumba allí dentro, en la caja, sin que lo oigan los del *coro*; como, en el palacio de Agamenón, mientras Orestes asesina á Egisto no se oye nada... Y vuelve el coro á cantar, á cantar los terrores de la muerte; terrores de que no habla la letra, á que nadie atiende, pero de que hablan las voces cavernosas, el canto llano, el aparato fúnebre.

Y dicen los amigos de Cuervo:

Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suae.

Et erexit cornu salutis nobis in domo David, pueri sui.

Sicut locutus est per os Sanctorum...

Y en tanto, los pájaros en los setos de la calleja y en los árboles de la huerta, trinan, gorjean, silban y pían; las nubes corren silenciosas, solemnes, por el azul del cielo; la brisa cuchichea y retoza con las mismísimas ropas tálares del acompañamiento de la muerte; y Antón y Cuervo, en el colmo de un delirio, oyen como extáticos, como en ensueños, el *run run* del *Benedictus*, los sonidos dulces y misteriosos de la naturaleza, que, como ellos, ve pasar la muerte, sin comprenderla, sin profanarla, sin insultarla, sin temerla, como albergándola en su seno, y haciéndola desaparecer cual una hoja seca en un torrente, entre las olas de vida que derrama el sol, que esparce el viento y de que se empapa la tierra.....

.....

SUPERCHERIA